



Columna



Bernardo Donoso Riveros
Profesor emérito PUCV

Primer nivel

Vuela el tiempo. Al parecer como nunca lo ha sido. Uno pregunta a personas de generaciones diversas, de atributos variados. A quienes hacen el trabajo humano en una altura y anchura no vista antes. La mayoría responde que ayer pareciera el inicio del año, mientras estos días ya señalan el término. Ello acompañado de la urgencia, de la premura, del instante de la reflexión que se esfuma, de la complejidad de cultivar la relación interpersonal más leal y fraternal. El tiempo de Adviento parece para muchos como una invitación invisible en que la calma no toma nuestra alma y mente para entrar en la profundidad que tiene para nuestra condición humana. Se trata entonces de la loca carrera desprovista de sentido y valor. Tal vez del vacío del exceso, de lo multitudinario, del grito del ahora ya, posiblemente de la inmediatez como grito de batalla.

Esto no significa, por si algún lector lo interpreta indebidamente por falla de esta escritura, que no haya necesidades humanas de diversos órdenes que sí requieren de respuesta pronta, también urgente. Cómo no va a ser urgente en su máximo grado ir a la salvación de las vidas de aquellos que viven el infierno de un incontrolable incendio, donde las fuerzas de la naturaleza han sido desatadas. O el llamado a que los pobres no pueden esperar. Por otra parte, los humanos sabemos que mucho de la existencia y sus soportes requieren la profundidad de la reflexión (que aquí no es sinónimo de un tiempo sin fin), del análisis penetrante del estado del arte del conocimiento y de la experiencia. Un tiempo para la racionalidad, para levantar el puente (entendido de cuantas mane-

ras usted lo imagine) para que alcancemos la otra orilla con certeza, con seguridad. Y lleguemos a la otra tierra para convivir libres y fraternales.

En la organización social, los humanos reunidos para existir, para satisfacer las necesidades fundamentales, para interactuar libremente amando el respeto como clave excelente, para tallar la consideración en cada acto, podríamos acordar un primer nivel, del cual se pueden desprender múltiples opciones. Ese primer nivel podríamos llamarlo la condición necesaria que hace de la política un arte noble. Digo la política a propósito de las reformas de las cuales se habla para fortalecer la organización como soporte de la democracia. A veces la conversación pareciera girar muy centrada en porcentajes, formas de estructuración, alianzas, procesos, medios, y tantos del orden organizacional. Los estudiosos de las ciencias que estudian estas áreas de la vida las saben bien.

¿Será razonable pensar que todo aquello es lo único principal? Es posible que lo principal necesita un primer nivel previo, fundación que sostenga todo lo demás. Ese primer nivel puede estar amparado por la filosofía, la historia, la teología y otras que estime usted. Sin ética no hay política, si sólo el poder que puede enloquecer el alma domina la acción se abre el camino al derrumbe y la infracción, a la deslealtad y la corrupción sutil no material. Los expertos en análisis de la palabra y la gestualidad posiblemente pueden hacer pronósticos de futuro mirando las pantallas de un medio (acertando a veces y equivocándose en otras). Sin primer nivel los acuerdos pueden seguir sobre arena.